

Poder compartir, poder escuchar
P. Fernando Pascual
14-8-2010

Llevamos en el corazón recuerdos, experiencias, reflexiones, ideas profundas o pensamientos ordinarios, sin importancia.

Algunos recuerdos nos permiten evocar hechos sencillos, alegres, cotidianos. Otros nos hacen suspirar por la juventud que se aleja, por aquellas esperanzas destruidas, por sueños nunca realizados. Otros provocan nuestra sonrisa, ante hechos simpáticos o ante triunfos maravillosos. Otros preferiríamos no tener que recordarlos, no haber pasado por días o meses de dolor, de pena, de enfermedad, de fracasos.

Tantas experiencias están allí, en lo más íntimo del alma. Quisiéramos, a veces, compartir parte de esos recuerdos, pues algunos podrían ayudar a quienes nos escuchen, y seguramente también nosotros mismos nos beneficiaríamos al compartir hechos del pasado.

Desde nuestras palabras, habrá quien aprenda qué errores hay que evitar, qué promesas hay que mantener, qué estudios vale la pena llevar hasta el final, qué amores duran más allá de las fiestas y de las emociones que dan origen a promesas hermosas pero vacías de compromisos auténticos.

Otros descubrirán que nuestro rostro, a veces inexpresivo, frío, calculador, encierra un tesoro de pequeños o grandes hechos, un cúmulo más o menos maravilloso de ideas y recuerdos que valen más allá de la contingencia de lo inmediato.

Pero a veces el mundo gira ahogado por las prisas. No encontramos tiempo para detenernos y mirar nuestro pasado, para sopesar lo bueno y llorar lo malo, para admitir que detrás de tantos hechos estaba la acción continua y respetuosa de un Dios que sabe esperar, ansiosamente, nuestra respuesta.

Entre quienes nos rodean, muchos no parecen tener tiempo o interés por nuestra historia. Otros nos escuchan quizá con educación o con paciencia, pero prefieren dedicarse a sus muchos asuntos, a sus correos electrónicos, a las prisas de la vida.

Gracias a Dios, en ocasiones encontramos a alguien que nos mira con afecto, nos escucha con interés, nos interpela con un deseo sincero no sólo de aprender algo (quizá muy poco, pues muchas veces hemos recorrido historias parecidas) sino para dejarnos tiempo para explayar, con palabras sinceras, eso que llevamos en lo más íntimo de nuestros corazones.

Es hermoso encontrar a alguien dispuesto a acogernos. Como también es hermoso aprender nosotros mismos a escuchar a otros, a dedicar una parte de nuestro tiempo para permitir que el alma de quien vive quizá en la misma casa, o en el puesto de trabajo, o en la banca de delante de la parroquia, nos comparta un poco de sus sueños, sus convicciones, sus ideas más profundas.

Mientras compartimos y escuchamos, mientras invertimos tiempo en ese hermoso gesto de escuchar y de dar, el cielo se llena de un tono especial de alegría. Porque Dios mismo es quien primero quiso compartirnos la belleza de su vida trinitaria, enseñarnos su amor apasionado por los hombres, acogernos de mil maneras tras la caída del pecado.

Ese mismo Dios hoy también tiene “tiempo”, un tiempo infinito, para escucharme, para acogerme, para hacerse casi como un viejo amigo que me pregunta, lleno de cariño, cómo sigo adelante en este maravilloso camino que lleva a su abrazo eterno.